

1 Cor. 11:26

Sermón 1 Cor 11:26

Jueves Santo 2007

Haced esto todas las veces que la bebáis, en memoria de mí. Así pues, todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga. (1 Cor. 11:25-26).

¿Por qué cada año tenemos esta confluencia de días especialmente solemnes que conocemos como la Semana Santa? ¿Qué hace que los cristianos especialmente se reúnan para escuchar la proclamación de la palabra de Dios en estos días, días como el jueves santo y viernes santo, y la Pascua de resurrección? La respuesta está en el significado de lo que ocurrió en estos días, porque en la primera semana santa, Cristo completó la obra de nuestra redención. Hoy queremos hablar de una cosa que ocurrió en esa semana solemne pero gloriosa, la institución de la Santa Cena, el sacramento que ha marcado la vida de piedad de la iglesia cristiana desde entonces.

Se instituyó en la noche antes de la muerte de nuestro Salvador. En esa noche, el Señor tomó pan, lo bendijo, lo distribuyó, y dijo a los discípulos que lo comían que era su cuerpo, dado por ellos. Igualmente hizo con la copa, llena del vino de la Pascua judía, y dijo que era “el nuevo pacto en mi sangre”. Es decir, la sangre que ellos bebían en la Cena del Señor es la misma que ha establecido el pacto nuevo de que habló Jeremías, diciendo: “Porque perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado” (Jer. 31:34).

Y después de instituir esta cena, les dijo que es algo que deberían repetir con regularidad en el futuro. “Haced esto en memoria de mí”; “haced esto todas las veces que la bebáis, en memoria de mí”.

¿Pero qué es lo que estamos haciendo cuando volvemos, como hoy, a celebrar la Cena del Señor? ¿Por qué es tan importante este ritual? ¿Cómo nos ayuda en nuestro camino diario de fe? Tenemos la respuesta en nuestro breve texto, que viene a la conclusión de la narrativa de Pablo de las palabras con que Jesús instituyó la Cena.

Cada vez que celebramos la Cena del Señor, nuestras propias mentes vuelven a ese primer viernes santo en donde vemos a nuestro Salvador colgar de la cruz, después de haber sido azotado y golpeado y sujetado a las mayores indignidades a

manos de judíos y romanos. Vemos a Cristo abandonado por Dios por las tres horas de oscuridad, sufriendo lo que solamente los condenados en el infierno sufren. Vemos a Cristo declarar que todo está consumado, y recordamos por qué todo esto tuvo que suceder.

En las palabras del himno (62):
¿Quién fue? ¿Quién te ha herido?
Señor, ¿qué has cometido?
¿Quién te maltrata así?
Sin mancha de pecado
El justo es condenado
Y sufre todo en bien de Mí.

Yo soy: he merecido.
Al vil madero asido,
Mi transgresión pagar.
Tus carnes desgarradas,
Tus manos traspasadas
Testigos son de mi pecar. (CC 62:3,4)

Vemos su cabeza ensangrentada, vemos su cuerpo traspasado por los clavos, y recordamos: Todo esto, Jesús, lo hiciste por mí. Tu cuerpo muerto, tu sangre derramada: eso es lo que costó mi redención.

Y cuando Jesús así repetidamente nos da ese mismo cuerpo y esa misma sangre en la Santa Cena, es para que lo recordemos como nuestro Redentor que en el primer viernes santo hizo una expiación completa por todos nuestros pecados. Cuando celebramos este sacramento en memoria de él, significa más que sólo recordar que Jesús murió, significa apropiarse todo lo que esa muerte y ese sufrimiento y esa sangre derramada en el primer viernes santo significa. Significa consolar nuestro propio corazón con el perdón que Jesús obtuvo el primer viernes santo, y que ahora nos ofrece con el regalo de su cuerpo y sangre en la Cena. Significa recordar que aunque nuestros pecados fueron tan viles y atroces que causaron la muerte de nada menos que el Hijo de Dios, él entregó su vida voluntariamente porque tan grande era su voluntad de salvarnos a cada uno de nosotros los pecadores.

Así la Santa Cena nos recuerda lo que es esencial en nuestra fe, nos recuerda el centro de nuestra fe. Todo depende de ese cuerpo dado por nosotros y esa sangre derramada por nosotros para el perdón de nuestros pecados. Así que, este sacramento, celebrado en memoria de Jesús, nos ayuda a centrar nuestra propia atención en lo que es esencial en nuestra religión.

Pero hace más que esto. “Así pues, todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis”. La Santa Cena es también una proclamación. Cuando vamos a la Santa Cena, por supuesto que lo principal es que nosotros mismos vayamos con plena fe en las palabras, dado por vosotros, y derramada por vosotros para la remisión de los pecados”, como nos recuerda Lutero en el Catecismo. Pero también predicamos un mensaje unos a otros, y a otros que visitan nuestros cultos. Proclamamos que este mensaje de la muerte de Jesús en la cruz el viernes santo no sólo es nuestra esperanza, también es el centro de la esperanza para el mundo entero de pecadores.

La Santa Cena mantiene el mensaje de la cruz y el perdón por la muerte de Cristo en la cruz siempre en el centro y corazón del mensaje de la iglesia. Igual como el crucifijo en el altar y el cuadro de Cristo en la pared son un testimonio silencioso de que la cruz es central en nuestra fe y la única esperanza de salvación para el mundo, nuestra participación en la Santa Cena es un testimonio activo al mundo de que el único lugar para encontrar perdón y entrada a la vida eterna es Cristo crucificado. La participación de ustedes en la Santa Cena es una participación de ustedes en la decisión de Pablo cuando llegó a Corinto: “Cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría, pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado” (1 Cor. 2:1,2). Aun en tiempos en que el mensaje de la predicación pública de la iglesia se había enfermado, tratando casi totalmente de cosas periféricas, la liturgia, los himnos y el sacramento de la iglesia seguían dirigiendo la atención de los pecadores a Cristo y su muerte como la verdadera fuente de esperanza, y preservaron la fe de muchos aun en tiempos del racionalismo.

Pero hay una cosa más. La Santa Cena no sólo dirige nuestra atención al pasado, sino también al futuro. “hasta que él venga”. Cristo no sólo vino como verdadero ser humano y murió; también resucitó el día de la Pascua, ha ascendido al cielo y se ha sentado a la diestra de la majestad divina en el cielo, y desde allí ha prometido que vendrá para llevarnos a donde él esté. La Santa Cena se celebra durante todo el tiempo en que la iglesia espera ese glorioso regreso de su Señor exaltado que nos alimenta con su cuerpo y sangre en este sacramento.

Cuando Cristo instituyó la Cena dijo: “os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta que el reino de Dios venga”. Cuando participamos del cuerpo y la sangre de nuestro Señor ahora, también anticipamos nuestra participación en la gran fiesta de bodas del Cordero en los cielos cuando él venga. Así la Santa Cena no sólo dirige nuestra atención atrás al día en que

Cristo murió por nuestros pecados, sino también a la gloria futura que resulta de esa muerte y de nuestro perdón que él logró allí y que nos garantiza en esta cena. Ahora entra en comunión con nosotros mediante el don de su cuerpo y sangre; entonces lo veremos cara a cara. Ahora nos asegura el perdón de todos nuestros pecados y así nos fortalece en la lucha contra futuros pecados; entonces nos purificará por completo de todo pecado y estaremos perfectamente santificados en su presencia para siempre.